

## Los Límites en *Patas de Perro* de Carlos Droguett

Carolina Rojas Flores<sup>1</sup>

### I. EL AUTOR

Carlos Droguett nace en Santiago de Chile en el año 1912. Vive los primeros años de su vida en La Serena. La muerte de su madre, cuando el escritor tenía seis años, determinará el traslado de la familia a Santiago.

Realiza sus estudios escolares en el Liceo San Agustín, posteriormente inicia estudios de Derecho y Filología Inglesa en la Universidad de Chile, sin terminar ninguna de las dos carreras.

Trabaja en diversos ámbitos: como funcionario de Ferrocarriles del Estado, corrector de pruebas editoriales, cumpliendo funciones de periodista, reportero y redactor en los diarios: La Hora, Vistazo, Extra, La Nación, Las Últimas Noticias.

Desarrolla funciones periodísticas durante veinte años y, ya posesionado del oficio publica su primera novela: *60 Muertos en la Escalera*, inspirada en la tragedia del 5 de septiembre de 1938 también conocida como “la matanza del Seguro Obrero”.

Sus primeras publicaciones aparecen a partir de la década del cincuenta. En 1970 recibe el Premio Nacional de Literatura.

En el año 1971 se jubila como funcionario de Ferrocarriles del Estado.

En 1975 se autoexilia, no sin antes recuperar la libertad de uno de sus hijos, detenido en la Isla Teja en Valdivia. Se radica en Berna con su familia conformada por su esposa Isabel y sus dos hijos. En 1996 cae accidentalmente de una escalera, accidente que causa su muerte el 30 de julio de 1996.

Las obras que publica son:

- 60 Muertos en la Escalera (1953)
- Eloy (1957)
- 100 Gotas de Sangre y 200 de Sudor (1961)

---

<sup>1</sup> Estudiante de Magíster en Comunicación de la Universidad Austral de Chile. crojasflores@gmail.com

- Patas de Perro (1965)
- El Compadre (1967)
- Supay, el cristiano (1967)
- Todas esas muertes (1971) Premio Alfaguara
- El Hombre que trasladaba las ciudades (1973)

La obra de Carlos Droguett, es entendida como la crítica a una sociedad chilena que no acepta la diversidad y que en sus relaciones humanas median los intereses personales por sobre los colectivos.

La realidad dibujada en el libro de Droguett, constituye, a nuestro parecer, una realidad que traspasa los límites de la ficcionalidad narrativa, en la que la imagen del niño con patas de perro es la metáfora de lo incompleto y de la diferencia, que se presenta como el detonador que quita el velo de quienes en condición morfológica plena, no son más que seres que aparentan plenitud, pero que adolecen de los valores que forman idealmente al ser humano.

## II. LA HISTORIA

Patas de Perro, es la historia de Roberto, Bobi, un niño que ha nacido con un cuerpo diferente: sus piernas son de perro y no de humano.

Su madre es dueña de casa y su padre fue obrero de una fábrica. Vive junto a su familia en situación de extrema pobreza sumado al alcoholismo de su padre, lo que hace más miserable su vida y la de su familia.

Los padres de Bobi creen que el nacimiento de su hijo es una vergüenza y la causa de sus miserias, puesto que su nacimiento causa tanto revuelo público que todos se enteran, rechazando al niño y excluyendo a la familia de la sociedad. Por ejemplo, Dámaso, el padre, pierde su trabajo a causa del nacimiento del niño-perro. Esto último sirve

de justificación para que el padre lo exponga públicamente a cambio de limosna y lo use como medio para obtener comida gratis.

“¡No lo habían de mirar! Tenían en frente un espectáculo terrible, maravilloso y espantoso al mismo tiempo, una historia de la cual habían hablado los diarios amarillos a su debido tiempo y que habían vociferado a través del aire de la ciudad las quince radioemisoras capitalinas. Cuando nació Bobi, su padre fue expulsado de la fábrica, su madre estuvo a las puertas de la muerte y tuvo que cambiarse de barrio, abrumada por la vergüenza y los insultos. En el almacén le cerraron la cuenta, en el dispensario le cortaron la ración de leche, el compadre Ansaldo dijo que otro que no fuera él habría acudido a los tribunales a reclamar por la humillación y la estafa de que había sido víctima, para, mediante engaño, obligarlo a apadrinar a aquel chiquillo monstruoso” (Droguett, 1998:93)

En casa, Bobi ha sido criado como a un perro, duerme en el suelo sobre frazadas, come carne cruda sin plato y en el piso, no usa zapatos y comenzó a usar ropa siendo más grande. Sus hermanos no juegan con él y lo observan con miedo y curiosidad, provocando en ellos una cierta morbosidad por su cuerpo y comportamiento.

Carlos, el narrador de esta historia, es un hombre que, buscando casa donde vivir, se encuentra con este niño y decide “adoptarlo” para darle una vida digna. Este “aspirante a profesor de filosofía”, como se autodefine, estaba comprometido y pretendía casarse para pasar su soledad en compañía, no estaba enamorado, pero tenía la certeza de necesitar ocupar su soledad. La búsqueda de casa respondía a la necesidad de iniciar vida de casado en un lugar digno para ello. Estos planes se mantienen hasta el momento en el que conoce a Bobby, cuando ve a este niño, siente la necesidad de protegerlo, cuidarlo y criarlo. En realidad siente el deseo de justificar su existencia con la presencia de este magnífico ser. Los padres del niño se lo entregan sin oponerse y sin pedir nada a cambio. “Mis padres se deshicieron de mí porque los humillaba mi presencia; no porque fueran pobres, pobres son, pobres fuimos desde

muchos años, pero nunca faltó comida en la mesa. Claro es que yo puedo hablar mejor de la comida que andaba por el suelo” (Droguett, 1998:30).

En la convivencia, el narrador va conociendo al niño y enterándose de su vida y de los abusos y maltratos que ha recibido por su condición física, por ejemplo: ha sido objeto de violencia por parte de su profesor, quien lo golpea y humilla públicamente; de comerciantes que lo exponen como espectáculo para atraer clientes; de un abogado que lo persigue con fines poco claros a cambio de mantener en arriendo la casa en la que Bobi vive con su padrastro y de un ciego comunista que lo usa como bastión de lucha.

Bobi no puede con tanta humillación y se autoexilia de la sociedad humana, empieza a relacionarse con los perros y aprende a vivir con ellos en las calles. No acepta ver el encierro en que viven algunos perros, por lo que sale en las noches a liberarlos. Por este hecho se convierte en prófugo de la justicia.

Sin embargo, también están quienes quieren ayudarlo, entre ellos el propio narrador; el Padre Escudero, amigo de Carlos y consejero. Este sacerdote reconoce a Bobby como un ser maravilloso y destaca su diferencia, pero sobre todo su aspecto animal; el Teniente que, a pesar de perseguirlo, lo protege para que no sea encerrado.

Bobi comienza a conocer el mundo luego de cambiar de familia, conoce gente diversa y conoce a los perros, por quienes siente una gran atracción y la necesidad de liberarlos de sus encierros. Se va de la casa en busca de ellos para soltarlos de sus ataduras y por esta razón la policía lo persigue. Es apresado y considerado loco por el juez, por lo que es llevado a un manicomio, pero escapa. En su periplo, se hace parte de un circo por un breve tiempo, en el que se hace parte aceptado de un mundo donde la diferencia es parte del espectáculo.

El niño se cuestiona quién es y en su búsqueda de identidad se enfrenta a una sociedad que lo daña por su diferencia. Ante esto, su padrastro no puede ayudarlo.

Bobi desaparece, se va de su casa y no vuelve, ha decidido dedicar su vida junto a los perros, con los que se siente a gusto.

El narrador relata esta historia para no olvidar, así lo plantea desde el inicio hasta el fin de la obra, escribe para no olvidar su vida con el niño-perro, pero también para constatar la existencia de Bobby, ya que después de su desaparición, quienes lo conocieron negaron haberlo visto alguna vez.

### III. LOS PERSONAJES Y SUS LÍMITES

Basados en la propuesta de Cristóbal Holzapfel (2011), entendemos que el mundo es discontinuo y que, como limitado que es, está lleno de límites. Estos límites tienen diversos orígenes y son de diversos tipos: límites geográficos, físicos, intangibles e invisibles. Como el ser humano es un ser discontinuo, está delimitado también. Sus fronteras constituyen la búsqueda de sentido que persigue en la vida y esta búsqueda no es más que la aparición de los límites que van en constante aumento. La conciencia acerca de ellos nos permitirá deslimitarnos (salirnos de los límites, aunque eso sea entrar en otros) o extralimitarnos (alcanzar nuevos espacios, los límites se han expandido), translimitarnos (nuevos inicios con nuevas estructuras, independencia, cambio de paradigma), desmarcarnos de nuestros límites (salir de nuestros límites para entrar en espacios en los que los límites son la insistente limitación anterior) y, en caso de plenitud, llegar a la sensación de infinito para alcanzar el estado sin límites: la ilimitación.

Hasta la sensación de infinito los límites no han sido superados, podríamos pensar en la imposibilidad de alcanzar esta sensación, “a saber que todo límite que trazamos, al interrumpir un flujo, produce dicotomías, escisiones, fisiones, separaciones que antes no estaban en juego”. (Holzapfel, 2011:6) y, por lo tanto, al aparecer las dicotomías llegan, por añadidura las prohibiciones.

Para Michel Foucault (1997), el hombre, posesionado del saber y, al mismo tiempo, objeto del saber, alejó el valor de la representación de la naturaleza, las necesidades y el lenguaje de sus orígenes. “En la representación, los seres no manifiestan ya su identidad, sino la relación exterior que establecen con el ser humano” (Foucault, 1997:304) para transformarlo en saberes que terminan reduciendo sus representaciones originarias en medios y necesidades que determinan al ser humano (trabajar, vivir sano, hablar) y que a su vez hacen del mismo ser humano, “un instrumento de producción y un vehículo de palabras que existen previamente a él” (Foucault. 1997:305) “Todos estos contenidos que su saber le revela como exteriores a él y más viejos que su nacimiento, lo anticipan, desploman sobre él toda su solidez y lo atraviesan como si no fuera más que un objeto natural o un rostro que ha de borrarse en la historia” (Foucault, 1997:305) En la medida que el hombre “sabe” se hará finito, es decir, el positivismo del hombre frente a sus representaciones lo ha hecho finito y esta finitud paradójica, en palabras de Foucault, más que mostrar sus límites, evidencia “la monotonía de un camino que, sin duda, no tiene frontera pero que quizá no tiene esperanza” (Foucault, 1997:305) . El saber del hombre lo hizo preso de sí mismo: creó límites; puso fronteras que, en la búsqueda de sentidos, solo fue instalando más límites. “De allí, el juego interminable de una referencia duplicada: si el saber del hombre es finito esto se debe a que está preso, sin posible liberación, en los contenidos positivos del lenguaje, del trabajo y de la vida; y a la inversa, si la vida, el trabajo y el lenguaje se dan en su positividad, esto se debe a que el conocimiento tiene formas finitas” (Foucault, 1997:308)

El ser humano vive en torno a sus límites y cuando los desnaturaliza comienza su conciencia frente a ellos. La pregunta que aparece es ¿es posible vivir sin darse cuenta de los límites que nos rodean?, y no es solo la conciencia de los límites geográficos, económicos, laborales, y otros; sino también la conciencia acerca de los límites autoimpuestos y la conciencia de la sensación de (in) felicidad y de (no) plenitud.

El padrastro de Bobi, Carlos, es un hombre que quiso ser profesor de filosofía, que siente que su vida está siempre en gris. A los 45 años está jubilado por razones de salud. No duerme, pasa las noches en vela leyendo, esperando el regreso de Roberto, quien ha escapado y le ha dejado lleno de recuerdos, preguntas y culpas. Su pasado esconde un hecho criminal que quiere esconder y que aparece como una amenaza a la que teme, que le expone a la posibilidad de hacer público el hecho y de tener que dar explicación a lo ocurrido, como si este pasado fuese la constante amenaza a un presente libre de culpas. Una tarde en la que va al cine, siente la soledad como un peso insostenible y decide casarse. Comienza a buscar casa para poder vivir con su futura esposa. Se compromete a matrimonio con una antigua novia y pareciera que solo aspira a salir de la monotonía en la que vive; sin embargo, no hace más que salir de un estado para pasar a otro tan delimitado como el anterior. Su vida se nos dibuja lenta, pausada, sola y sin felicidad evidente. Su búsqueda de sentido parece estar en el camino de quienes le rodean y no en sí mismo y es que la culpa por la infelicidad de los demás lo lleva a asumir que debe cumplir con ellos, casarse con la mujer que, siendo su pareja años atrás, sintió un gran amor por él y rescatar a Roberto de la violencia, pobreza e infelicidad en que vivía.

“Me preguntó que qué edad tenía, si estaba contento de haber jubilado ya, de no concurrir ya más a esa oficina pública en que había perdido los mejores años de mi vida, si dormía bien, si comía con apetito, cuánto pesaba. Le contesté que no me sentía lo bastante viejo por cuanto sólo hacía algunos meses había querido entretejer de nuevo una historia de amor, muy breve y muy escueta, comenzada cuando tenía dieciocho años y estaba recién en la universidad, le conté por qué no me había casado y se quedó callado, desmenucé esa historia con todo detalle, con toda sospecha y todo silencio y todo movimiento de manos y de respiraciones, le dije dónde estaba yo en ese momento y dónde Bobi, él en la penumbra, después vino rápidamente hacia la luz, recordé en voz alta, le expliqué,

traté de explicarle que ella había creído otra cosa, no solo que era hijo mío sino que era un testimonio cierto y tangible de la sucia vida que llevaba yo en Santiago cuando ella, en los lluviosos inviernos del año 30, se parecía por la llegada de mis cartas a Curicó” (Droguett, 1998:76)

Esta mujer, que al ver a Bobi siente espanto ante el cuerpo mitad humano mitad perro, asocia la extraña forma de éste con la evidencia que faltaba para escapar de la soledad de aquel hombre que iba a ser su marido. Y es que este relato, lo hace el mismo Carlos al médico cirujano Van Diest para argumentar con este testimonio la veracidad de la existencia de Bobi. Este mismo doctor que se presta a oír esta historia, con el único propósito de salirse de los límites que su rutina de médico le asigna: “una vida sin horizonte, limitada siempre por la pollera almidonada de las enfermeras, por las tocas almidonadas, las mentes almidonadas y los corazones almidonados de las siervas del Señor, se sonrió” (Droguett; 1998:76). Limitada por la misma medicina que practica y que reconoce como una ciencia que se mata a sí misma, que se impone sus propios límites y su finitud al buscar la curación de las enfermedades que trata, en oposición a la cirugía que, al contrario de la medicina, siempre va a existir en las “grandes ciudades” y sus peligros, “la medicina, ya lo han dicho, se está matando ella misma al entregar a los hombres nuevos y fantásticos recursos para combatir las dolencias, al suprimir las enfermedades se suprime a sí misma, nosotros no, los asesinos y los cirujanos acompañarán siempre a la civilización” (Droguett, 1998:74). Nuestro médico está en una paradoja de finitud e infinitud explicada por él mismo. Esta paradoja hace de su delimitación médica la conciencia hacia la deslimitación de su rol de cirujano, pero inserto en otro espacio cercado por la inminente, pero lejana muerte de la medicina.

Van Diest sabía de Bobi por el mismo Carlos, quien le había pedido que lo operara para “normalizar” su cuerpo, para cambiar su forma discontinua e incompleta. El médico se niega, no solo porque no quiere cambiar a ese ser “extraordinario”, sino porque la ciencia no le permite



traspasar ese límite sin terminar con la vida del niño. En palabras del médico, la deformación que el cuerpo de Bobi tiene, lo condena a la infelicidad como una maldición.

La limitación del médico es su rutina y la propia medicina que le impiden hacer el cambio que busca Carlos para su “hijo”. Cuando el médico sale de los límites impuestos por la monotonía, no hace más que desmarcarse de sus propias fronteras para, momentáneamente, enmarcarse en las del narrador. Esta frontera es la cordura, la que pone en cuestionamiento el médico al negar la existencia del niño después de que ha desaparecido. Lo mismo le ocurre a Carlos, su intento por encontrar un sentido a su vida se transforma en el constante traslado de un espacio a otro, no puede encontrar la plenitud, porque sus límites se lo prohíben y es la propia búsqueda la que constituye la instalación de nuevas fronteras.

“Estoy demasiado solo. Desde lejos huelo a soledad, voy chorreando soledad, silencio, sin hijos, sin cuñados, sin ahijados a ambos lados de la calle (...) Me casaré (...) Colocaremos nuestras soledades juntas, yo estrecharé el silencio que está en sus manos y sabremos los dos que estamos casados” (Droguett, 1998:53)

Carlos, narrador de esta historia, testigo de la existencia del niño-perro, se impone la búsqueda de una casa digna para su proyecto matrimonial. Esta búsqueda lo lleva a Bobi, lo ve en el barrio al que va a preguntar por arriendos, ahí se encuentra con su madre y con él. Inmediatamente nace la necesidad de hacerse cargo de su desgracia, de recogerlo para acogerlo. Ya no importa el matrimonio, el que se deshace con la propia conciencia de la existencia de este niño. Carlos sin mayores dificultades logra que los padres le den a su hijo en adopción (una adopción sin más trámites que el compromiso tácito de no devolverlo jamás) y comienza una nueva búsqueda, la de una casa para vivir con Bobi. Esta situación revela nuevas prohibiciones: “se arrienda casa a persona sola, sin niños” o “se arrienda casa a matrimonio solo, sin niños”, pero también se encuentran con “se

arriendo casa a matrimonio solo, sin niños ni perros”. Esta situación los lleva a tener que arrendar a través del abogado Gándara, quien ayuda con la intención de sacar cierto provecho de la condición extraordinaria del niño.

Carlos lleva a Bobi a vivir con él e intenta sacarlo de sus límites. Lo primero que se propone es liberarlo de su casa y de su familia, le ofrece un hogar diferente y no hace más que desmarcar ese espacio para volver a limitar otro: el nuevo hogar. Si con su familia dormía en el suelo, en este nuevo hogar tiene cama; si con sus padres se alimentaba en el suelo y comía con las manos carne cruda, en este hogar se le ofrecía en la mesa y con servicio; si antes usaba pantalones cortos y andaba descalzo, en este nuevo hogar tiene pantalones largos y botas. Todos estos cambios serán el intento de su nuevo padre por hacer feliz al niño, pero en realidad lo que quiere es sentir plenitud en su conmiseración por la vida de Bobi, la que, a pesar de ser más tranquila ahora, sigue siendo tan limitada como la de antes. Bobi, comienza a sentir que Carlos quiere cambiarlo, que no lo acepta cómo es. Hacerlo dormir en cama lo afecta, porque siente asco por ellas; comer en el suelo es parte de su costumbre, ya que ése es el lugar que habitualmente ocupa; usar pantalones largos y botas es leído por Bobi como una forma de esconder sus piernas, otra forma de rechazo. Los límites que Carlos quiere eliminar, constituyen nuevos límites que Bobi, consciente de ellos, rechaza.

Cuando Bobi escapa, nuestro narrador queda solo nuevamente. Su insistencia en la superación de sus límites fue llevándolo desde un espacio a otro tan limitado como el anterior, tan lleno de fronteras y prohibiciones como aquel del que renegaba.

Bobi, en cambio, tiene una actitud diferente frente a sus limitaciones. Esto, porque a nuestro parecer, sus limitaciones no son más que las prohibiciones impuestas por los demás al no poder definir la extraña forma de su cuerpo. Su padre lo rechaza al nacer y su reacción es desaparecer por un par de meses hasta ser encontrado en otra ciudad. Este hombre

culpa a su mujer de la desgracia de tener un hijo con piernas deshonorosas e intenta matarla. Asumir a su hijo será exponerlo al espectáculo callejero para obtener limosna. Para esto se hace de una linterna que le permita iluminarle las piernas. Dámaso, el padre, castiga y mata a los perros del hogar y su alcoholismo lo mantiene sumido en una realidad más llevadera. Solamente alcoholizado tiene la valentía de mirar las piernas de Bobi.

“Si te refieres a mis piernas, madre, dijo lentamente, ellas no son una desgracia ni una enfermedad, sino un simple realidad que yo soporto con firmeza. Ahora miraba suplicante a su madre y me había, en realidad, suprimido de su vista y de su memoria. Sabes, madre, agregó, que compro muy caro mi derecho a tener estas piernas, a pesar de que no puedo usarlas porque está prohibido” (Droguett, 1998:60)

La madre llora la desgracia de su hijo, pero también la propia. La pobreza y la violencia de su marido la han envejecido. Ella quiere a su hijo, pero no puede responderle cuando le increpa por su aspecto, por la forma de sus piernas. Decide dar a un desconocido la protección y cuidado de Bobi.

“No puedo decir que no me querían, me querían, sí, un poco, no mucho, si me moría no me echaban demasiado de menos y seguro que respiraban mejor y era evidente que fue una insolencia mía venir al mundo en aquella familia, en aquel barrio.” (Droguett, 1998:31)

Bobi decía que su madre era cariñosa con él, no así su padre, quien lo ignoraba y cuando estaba ebrio era muy agresivo y, a pesar de su estado, no se atrevía a mirarle las piernas ni a golpeárselas.

“Era curioso, me odiaba por ellas, las odiaba, se tornaba furioso cuando me veía caminar o correr, me gritaba que me estuviera quieto, que era una vergüenza lucir esa roña, que era un descreído y un endemoniado, pero cuando me golpeaba se apartaba de mis piernas, creo que les tenía miedo y recelo, jamás las tocó y así crecieron ellas, a plena libertad, limpiamente tranquilas, sin ser molestadas, sin sufrir golpes ni insultos porque ahí estaba yo para recibir por ellas” (Droguett, 1998:57)

Cuando niño, su padre lo expuso para recibir limosna por la exhibición de sus piernas, Dámaso, su padre, se las iluminaba para que quienes estaban el lugar pudieran apreciarlas mejor. También, le obligaba a ir al matadero a buscar carne. Todos los sábados Bobi iba a este lugar en el que lo esperaban para atraer clientes y para satisfacer la morbosidad de la esposa del dueño. El niño se paraba afuera y le lanzaban carne cruda, la que le obligaban a comer a destajo (hasta vomitar en algunas ocasiones) a cambio de poder llevar otro poco a su hogar. La gente se agrupaba a mirarlo y la mujer del carnicero disfrutaba con el espectáculo.

El profesor Bonilla, que fue su profesor de escuela, también lo exponía para explicar que la forma del cuerpo de Roberto era producto de los vicios y las inmoralidades de sus padres y de la sociedad. Este hombre golpeaba a Bobi y lo maltrataba con acciones como prohibirle salir a recreo, limitar su espacio de acción en la sala de clases, hacerle ladrar o golpearle.

A pesar de lo anterior, Bobi no guarda rencor. Con el tiempo abandona a su padre y abandona la escuela.

Con Carlos, su padrastro debe cambiar de casa y se van a vivir a otra en la que Bobi comienza su cambio. En este nuevo lugar no teme salir a la calle y siente gusto al hacerlo. Antes no quería estar en la calle y ahora se siente atraído por ella. Desde este lugar y gracias a sus salidas, Bobi conoce a Horacio, un hombre ciego y militante del partido comunista. Con él se siente cómodo, mantiene largas conversaciones que hacen de Bobi un ser fascinante para este hombre. Tanto es su fascinación que quiere llevarlo a la cabeza de una manifestación pública de su partido, por lo que Bobi comienza a sospechar y a alejarse. No es el único que quiere exhibirlo, ha sido parte de un circo que lo ha tomado como espectáculo; sin embargo esto no prospera. En todos estos lugares y con estas personas, Bobi ve que su forma sigue siendo un límite para la relación con ellos. Carlos quiere esconder sus piernas para que el muchacho no sufra más a causa de ellas, el profesor Bonilla se las representa como objeto de vergüenza y humillación, Horacio quiere usar sus piernas como discurso

político y en el circo solo lo quieren como espectáculo. Bobi no es querido ni odiado, sino son sus piernas y su extraña forma las que son objeto de admiración o rechazo. El padre Escudero, amigo de su padrastro es el único, junto al sacerdote que lo bautizó, que reconoce en Bobi una maravilla de ser en su forma. A través de sermones en los que reconoce el valor de los animales y predica el amor por ellos busca destacar la belleza en el cuerpo de Bobi.

Con el paso del tiempo y gracias al rechazo que la gente le provoca, el niño comienza a poner énfasis en sus instintos y a dejar de reprimirlos. Cuando niño sentía un gran goce al comer sin usar sus manos, directamente con la boca, sus piernas se regocijaban en ese momento y sentía en ellas el gusto por su comida, la que habitualmente era carne cruda. Amaba el suelo y en ese lugar sentía que su cuerpo descansaba. Cuando el profesor Bonilla lo expone en un acto de la escuela y lo golpea, Bobi siente ganas de morderlo. Cuando está en las noches pensando, siente deseos de ladrar y la libertad de la calle se le hace cada vez más irresistible.

Cuando los humanos ya han demostrado ser incapaces de ver en el niño a un ser completo y solo lo reconocen por su mitad diferente, Bobi decide salir a la calle y encontrarse con los perros. Al principio, los animales se asustan con él, pero con el paso de los días y semanas se comienzan a familiarizar con este niño que sale a recorrer las calles en busca de ellos. Bobi no soporta ver a los perros atados ni encerrados, entonces los libera y esto le trae problemas, es detenido y considerado loco. Escapa de la reclusión a la que es sometido y se hace prófugo, no sin antes dar muestras de la felicidad que le trae el vagar por las calles en compañía de estos animales. Bobi ha superado sus limitaciones y reconociéndose más en su esencia canina, decide abandonar los límites humanos y salir en busca de su libertad. Paradójico resulta que para él, llegar a ser libre, signifique ser prófugo de la ley humana.

Nuestro narrador y padre adoptivo de Bobi no puede con la partida del niño, todas las noches lo espera y a cada ruido cree verlo entrando en la casa. Su lucha ahora es por mantener vivo el recuerdo y buscar en los relatos de quienes lo conocieron la evidencia de su existencia, la que ha sido negada por varios. Este personaje no puede superar sus propios límites y su actitud es la de desmarcarse para volver a los límites renegados, pero en otro espacio. Este personaje ha perdido el sentido de su vida y debe encontrar otro. “Escribo para no olvidar” es lo que leemos constantemente en su relato. Desde su trabajo rutinario sale para entrar en la monotonía de su vida de jubilado (siendo joven aún) hasta que no puede con su soledad y decide casarse con la única convicción de que tendrá con quien compartirla. Hasta que conoce a Bobi y queda deslumbrado, pero esta sensación se relaciona más con su necesidad de encontrarle un sentido a su vida, este sentido será darle a su “hijo” una vida tranquila y sin sufrimientos ni humillaciones, “oh, Dios, préstame dinero para comprar un poco de tranquilidad para Bobi” (Droguett, 1998:73). Cuando Bobi se va, continúa su búsqueda de sentido en la necesidad de mantener vigente al niño y de verificar su existencia. Carlos no puede superar sus límites.

Bobi, en cambio, se asume en su ser incompleto. En un principio, su búsqueda consistía en saber por qué razón nació así, qué culpas pagaba su cuerpo. Pedía perdón a su madre por haber nacido y creía que su existencia era un castigo. Con el tiempo va permitiendo que su parte perro se desarrolle sin prejuicios ni temores, definitivamente su padre adoptivo es primordial en esto. Bobi ya no le teme a sus instintos y deja de sentirse útil y humillado en su deformación. Se va liberando de sus fronteras para alcanzar la sensación máxima en su condición de niño-perro, condición en la que predomina su mitad perro y que se realiza en compañía de perros completos. Podemos afirmar que en este auto-reconocimiento de Bobi encuentra la sensación de infinito, salta a la ilimitación.

Los personajes que rodean a Bobi: sus padres, Carlos, el profesor Bonilla, Horacio y otros, no pueden liberarse de las fronteras que han construido las representaciones que del mundo tienen y en las que Bobi no calza en ninguna parte. Para estos personajes, la imposibilidad de la diferencia es la representación de la deformación y la monstruosidad que, según cada uno, tiene un sentido distinto: conmiseración, amparo y protección para Carlos; humillación y vergüenza para Dámaso, el padre; intolerancia para el profesor; utilidad y espectáculo para Horacio, etc. Estos personajes están presos de sus propias representaciones, alejadas del sentido original, no pueden salir de los límites de sus saberes, de sus prejuicios, de sus creencias, para ver a Bobi más allá de sus piernas de perro.

Bobi ha podido superar su propia indeterminación y lo ha hecho traspasando los límites que le han impuesto y que se impuso. Dejó de ver a sus piernas como un castigo y comenzó a quererlas y a sentir que lo hacían único, ya no le gustaba cubrirlas y las limpiaba diariamente. A sus padres ya no los necesita y ahora puede vivir solo, incluso sin Carlos, solo con la compañía de los perros, con los que se siente en plenitud.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Droguett, Carlos. Patas de Perro, Pehuén Editores, Santiago, Chile, 1998.
- Foucault, Michel. Las Palabras y las Cosas. Siglo Veintiuno editores, s.a. de c.v. México, 1997.
- Holzapfel, Cristóbal. “Reflexiones filosóficas en torno al límite” (y al límite escurridizo entre filosofía y literatura). En Revista Mapocho n° 69, Santiago, 2011.
- [www.memoriachilena.cl](http://www.memoriachilena.cl)